

HISTORIA, AMOR Y METAFÍSICA

El hombre frente al sentido de la vida

1. Introducción

El objeto del presente trabajo es la dilucidación del concepto de la metafísica en la corriente de pensamiento filosófico actual y su contrastación con el correspondiente a la filosofía clásica. La tesis que aquí se presenta es que pese a que la modernidad haya relegado la metafísica a una temática menor con Kant, la deconstrucción nietzscheana pretenda destruirla y la post modernidad reemplazarla, ésta aún pervive a modo de base teórica de toda filosofía bajo nombres distintos y aspectos diversos.

El exponente del pensamiento post moderno sobre quien se apoya este trabajo es Luc Ferry, concretamente en su libro “*Sobre el Amor*”. Ferry es un autor francés contemporáneo adherente a la corriente del *pensiero debole* de Vattimo que intenta dar un nuevo significado a la vida del siglo XXI vaciada de Dios, naturaleza y sentido.

A fin de llevar a cabo dicha contrastación tomaremos como representante de la filosofía clásica a Tomás de Aquino por ser el mayor sistematizador del pensamiento metafísico en la Edad Media, lo cual ha definido la línea del pensamiento realista por más de ocho siglos.

Para poder desarrollar nuestro análisis debemos definir el concepto de metafísica que concebía Santo Tomás. Vale destacar que como es propio de él, el Doctor Angélico no formula una definición *per se* de la disciplina sapiencial, como él la llama, sino que aborda su tratamiento en diferentes lugares de su vasta obra. Uno de los principales pasajes donde Santo Tomás esboza una definición de metafísica es el comentario al “De Trinitate” de Boecio, q.5, a.1, c:

Hay algunos especulables que no dependen de la materia según el ser, (...) porque en algunos casos están en la materia y en otros no, como la sustancia, la cualidad, la potencia, el acto, lo uno y lo múltiple y otros semejantes, de todos los cuales trata la (...) ciencia divina (...) esta disciplina se denomina también con el nombre de metafísica (...) en cuanto desde los sensibles corresponde llegar a los insensibles.

Aquí el Aquinate brinda una cuasi definición por el objeto de la metafísica luego de haber definido el objeto de la física y la matemática en los dos grados de abstracción hasta llegar a la *separatio a materiae*, donde se consideran solamente las formas en cuanto separadas. Se puede apreciar una noción complementaria en otro pasaje de la ya citada obra, en este caso en el a.1, c:

(...) las tales realidades divinas no son consideradas por los filósofos sino en tanto que son principios de todas las realidades, y por lo tanto son consideradas en aquella doctrina en la que se pone todo lo que es común a todos los entes,

que tiene por sujeto al ente en cuanto ente; y esta ciencia entre ellos se denomina ciencia divina.

Con estos elementos nos encontramos en condiciones de formular una definición concreta de la metafísica tomista teniendo en cuenta que “*es más universal aquella ciencia que considera los principios más universales. Los cuales son el ente y aquello que sigue al ente (...).*”¹

Nuestra definición es pues que la metafísica es la ciencia que estudia al ente en cuanto ente, esto es, estudia a todo aquello que es, prescindiendo de sus propiedades esenciales tales como la particularidad, la universalidad y la materialidad; considera algo en tanto que es, por lo que toda la realidad se constituye como objeto propio de la metafísica.

Podemos pues afirmar que la metafísica tomista es una metafísica del ente. A partir de esta definición abordaremos un análisis comparativo entre los principios del pensamiento tomista y los del pensamiento de Luc Ferry.

2. La evolución histórica del principio del sentido de la vida

Para comprender cómo arriba Luc Ferry a la proposición de un nuevo sentido de la vida, es necesario recorrer la historia de los principios que, a su entender, han sido los paradigmas del sentido de la vida en diversos períodos a lo largo del tiempo.

En primer lugar se presenta el principio cosmológico, el cual se erige como paradigma de la Antigüedad Clásica, puntualmente la griega, apareciendo expresado en los versos de la Odisea de Homero: “*La finalidad de las aventuras de Ulises es ir del caos inicial a la reconciliación con la armonía del Cosmos*”.²

Todo hombre tiene asignado un lugar natural en el Cosmos y, al verse apartado de él, pierde la armonía con el todo, no puede conformarse con el dónde “está”, sino con el dónde “debe estar”. De este modo Ulises pasa todo tipo de penurias hasta regresar a su hogar, que es donde pertenece, y allí solamente podrá reposar y ser feliz. Como resultado se conforma un principio de salvación por el lugar que cada hombre tiene asignado en el orden cósmico.

En segundo lugar, y principalmente desde el surgimiento del Cristianismo, se erige el principio de salvación teológico, el cual se resume en el cumplimiento de los mandamientos de la Iglesia y el acatamiento del mensaje de Cristo para alcanzar una salvación que no es ya dentro de este mundo sino trascendente, ya que implica una vida después de la muerte.

La particularidad que destaca Ferry en este tipo de principio salvífico es que para que un hombre pueda adherirse a él necesita el don de la fe, por lo que quien no sea creyente

¹ De Aquino, Tomás. *Commentaria supra Metaphysicorum*, Prólogo.

² Ferry, Luc. *Sobre el Amor, una filosofía para el siglo XXI*, Paidós Contextos, Buenos Aires, 2013. Traducción de Núria Petit Fontserè, pág. 28.

sencillamente no puede depositar sus esperanzas en el mismo. Al decir de Ferry “*la respuesta religiosa (...) a la cuestión de la vida buena es (...) magnífica*”³, pero como se trata de alguien que no tiene fe “*lo mejor es recurrir a la espiritualidad laica que es la filosofía*”⁴. Aquí se advierte la concepción que el autor tiene acerca de la filosofía, sobre la que volveremos más adelante.

El tercer gran principio salvífico es el llamado humanista, y aparece atisbado con el Renacimiento, con la filosofía cartesiana que con su *cogito, ergo sum* inaugura la era de la subjetividad y se constituye como eje de la Edad Moderna. Entonces ya no habrá principios externos que garanticen la salvación del hombre, sino que en el hombre mismo se encuentran los principios que darán sentido a su vida; es el momento de la autonomía del hombre, del progreso y del desarrollo de las ciencias.

Será la libertad humana la que posibilite la felicidad de los hombres, porque mediante su ejercicio el hombre “se crea” constantemente y así entra en la Historia, aportando su parte para el progreso de la humanidad. Son las obras realizadas y su posterior recuerdo las que justifican la vida del hombre en la tierra. Es la secularización del principio teológico, ya que ofrece la salvación trascendente al hombre pero inmanente a la historia de la humanidad.

Aquí es cuando Ferry arriba al cuarto principio, el de la deconstrucción. Como su nombre lo indica, pondrá bajo sospecha a la validez de los principios anteriores y la hallará ilusoria. El principal representante de la explicitación filosófica de este período es Nietzsche.

El hombre ya no se satisface con adecuarse a ideales trascendentes a sí mismo, por lo que se vuelca a la autorrealización en la vida mediante sus propias fuerzas y sus propios parámetros, en otras palabras, es el momento del “superhombre” nietzscheano. La voluntad de poder hará al hombre feliz y la disminución de sus fuerzas vitales lo tornará triste.

El problema que presenta este principio es su propia naturaleza corrosiva y su visión pesimista de la vida, por lo que su consideración lleva a nuestro autor a proponer un quinto principio postmoderno y post-deconstrucción, a saber, el amor.

La explicación dada por el autor acerca del cambio de principio según las épocas no es otra que la constatación de que la historia “*representa una humanización progresiva del pensamiento*”⁵, es decir, que se han ido descubriendo dimensiones del hombre antes ignoradas y estas han conformado paradigmas históricos de la “vida buena”.

³ Ídem, pág. 30.

⁴ Íd.

⁵ Ídem, pág. 38.

Como se puede apreciar, al haber analizado la génesis histórica del principio que Luc Ferry propone en “Sobre el Amor”, hemos hallado la clave de su pensamiento, a saber, la “humanización” del principio rector del obrar humano como camino hacia la felicidad. Las ventajas que ofrece para lograr su objetivo son: englobar a quienes “habitan” los antiguos paradigmas así como tornarse más creíble a los hombres y por ende más realizable y, principalmente, cambiar la relación del hombre con la muerte, respecto de la cual se espera o no la salvación.

En otras palabras, el amor es un principio mucho más humano que cualquiera de los anteriores, por lo tanto el hombre post-moderno lo siente más cercano a sí, lo cual trae aparejada una mayor confianza en él para la realización de la felicidad, sin contar con que tiene por naturaleza la capacidad de reunir bajo una nueva cosmovisión a la pluralidad de pensamientos y culturas del mundo actual, lo cual le otorgaría una preeminencia evidente sobre los anteriores paradigmas “cerrados”.

3. El ente y el amor

Partiendo de los análisis anteriores estamos en condiciones de realizar una confrontación entre los principios básicos del pensamiento de Tomás de Aquino y Luc Ferry, para lo cual se hace preciso distinguir cuál es el concepto de amor que maneja el autor francés.

Es Ferry mismo quien nos brinda esta distinción ya que parte de los tres tipos de amor que concebía el mundo clásico, a saber: *eros*, *philia* y *agapé*, aunque reelabora la definición de los mismos. Eros sería el amor-pasión que “*se alimenta tanto de la presencia del objeto amado (...) como de su ausencia (...) para que el deseo renazca*”.⁶ *Philia* pasa a ser no simple amistad sino “*la alegría que nos da la simple existencia del otro*”, es amor gratuito que se alegra en la presencia del otro.

En cuanto al *agapé*, es el amor que el cristianismo entendió como caridad, el amor que llega hasta el amor al enemigo. Pero Ferry le agrega el atributo de “anti racional”⁷, es decir, el amor absolutamente gratuito. Este será el tipo de amor que se convierte en candidato a ser el nuevo principio del sentido de la vida.

Ahora bien, luego de hacer esta distinción y elección de paradigma, Ferry aclara- y esto es lo central en nuestro trabajo- que la experiencia al vivir este tipo de amor es “no metafísico”.⁸ Es menester aclarar qué entiende nuestro autor cuando afirma que “*el principio*

⁶ Ídem, pág. 59.

⁷ Ídem, pág. 63.

⁸ Ídem, pág. 66.

del amor no sea justamente un principio metafísico”⁹. Ferry dice que “*esa trascendencia del otro que yo siento en la experiencia del amor no es un principio abstracto, una ilusión idealista, un valor (...) sino una experiencia vivida*”¹⁰.

Se puede entonces apreciar que Ferry contrapone la experiencia vivida que ofrece el amor con las estructuras que están por “encima de la vida” que proponían los paradigmas de la vida anteriores, denunciando que los mismos pretenden estructurar la vida con principios que le son ajenos a ella. Estos principios que fueron denunciados por la deconstrucción nietzscheana son, para Ferry, metafísicos.

Pasemos pues a la comparación de este planteo con la metafísica tomista. Afirmábamos más arriba que la metafísica de Tomás de Aquino es fundamentalmente una metafísica del ente; ¿es posible pues equiparar esta metafísica con el concepto de metafísica que presenta Ferry en “Sobre el Amor”? La respuesta a esto se encuentra en el análisis histórico de la filosofía, donde la deconstrucción al atacar a la metafísica racionalista kantiana de la Edad Moderna hizo extensivos sus martillazos a cualquier pensamiento que planteara una verdad trascendente al hombre.

Resulta esencial para el objetivo de nuestro trabajo rastrear en la corriente de pensamiento postmoderno y clarificar cuál es la idea de metafísica que se maneja y cuál es el lugar que merece su consideración dentro de dicho esquema. Tomaremos para esto a uno de los autores más relevantes de la postmodernidad: el italiano Gianni Vattimo, ya que en sus obras se pueden encontrar referencias constantes a la idea de metafísica.

Vattimo reconoce que el *pensiero debole* es posible gracias a la existencia anterior de un pensamiento “fuerte” y metafísico del cual alimentarse y deconstruir, cual si fuese un cadáver necesario. Esto explica el proceder de Ferry al necesitar de los paradigmas filosóficos anteriores para poder afirmar uno nuevo; la postmodernidad- como su nombre lo indica- debe apoyarse en la modernidad, la deconstrucción sobre una “construcción” previa, así como el pensamiento débil pierde sentido si no es en razón de un pensamiento fuerte al cual se opone.

Bien podría estar de acuerdo Ferry cuando Vattimo afirma que “*Hay que reconocerse heredero de una tradición de debilitamiento de las estructuras fuertes del ser en cualquier campo de la experiencia*”.¹¹

Retornando a nuestra pregunta podemos responder: ambas concepciones metafísicas son distintas de raíz, pero -a la luz del análisis realizado- es posible sostener que el

⁹ Ídem, pág. 81.

¹⁰ Íd.

¹¹ Vattimo, Gianni, *Más allá de la interpretación*, Paidós, Barcelona, 1995, pág. 84.

pensamiento posmoderno continúa siendo metafísico, siendo su razón de ser no la postulación de un principio sin importar la metafísica, sino su consideración y oposición a la misma.

Se podría con razón argumentar que la afirmación de que el pensamiento postmoderno sea metafísico es irrisoria ya que de haber una idea criticada y denostada dentro de esta corriente de pensamiento es precisamente la noción de metafísica.

Pero es este, en efecto, el núcleo de la presente investigación, a saber, que la postmodernidad -tomando principalmente a Ferry con su noción superadora de amor como representante- no puede formular un pensamiento propio independiente de la metafísica, ya que, admitido por sus propios autores, parte de la premisa de que en la historia de la filosofía hubo pensamiento metafísico y se focaliza en negarlo y superarlo.

Es muy cierto por otra parte que la metafísica de la postmodernidad muy alejada se encuentra de la metafísica del ente que constituye el corazón del pensamiento tomista, pero es aquí donde es preciso darle otro giro a este análisis, volviendo al desarrollo de la definición de metafísica extraída de Tomás de Aquino.

Afirmábamos en la introducción que la metafísica estudia toda la realidad en tanto que es, y esto era lo que la convertía en la ciencia más universal. Vale detenerse un momento en esto, ya que nos brinda un importante elemento de comparación con Luc Ferry.

Nuestro filósofo francés postula que el amor en su acepción de *agapé*, entendido como amor gratuito anti racional, debe ser entronizado como principio de la “vida buena”. Ahora bien, ¿qué es esta manera de concebir vida buena sino un principio que debe ser universalizado? En palabras del autor: “*la idea de una nueva definición de la vida buena, algo que requiere una reflexión filosófica verdaderamente nueva*”¹²; lo que se condice perfectamente con la concepción de la filosofía a la que Ferry adhiere: “*la filosofía siempre ha sido concebida [por los filósofos] como un intento de definir la vida buena, el bien supremo, la vida feliz y la sabiduría que a ello conduce*”.¹³

Ahora bien, si en efecto la metafísica estudia los principios más universales de la realidad y el desarrollo de “Sobre el Amor” pretende postular un nuevo principio universal para el buen vivir, podemos afirmar que bajo la perspectiva de la metafísica tomista Luc Ferry está constituyendo una nueva metafísica, donde el objeto primario de estudio deja de ser el ente para pasar a ser el amor como el elemento propio del ser humano y su capacidad de “salvación sin Dios”.¹⁴

¹² Ídem, pág. 16.

¹³ Ídem, pág. 17.

¹⁴ Ídem, pág. 18.

4. El arte de vivir

Cuando analizábamos la evolución del sentido de la vida advertimos que Luc Ferry concibe a la filosofía como una *espiritualidad laica* (ver pág.4) en contraposición a la idea de salvación religiosa, para la cual se necesita fe.

Si lo anterior fuese completamente cierto, gran cantidad de pensadores en la historia que profesaban alguna religión, deberían haberse abstenido de hacer filosofía, ya que bien podrían haberse dado por satisfechos con la salvación que su fe les prometía. Filósofos como Maimónides -judío-, Alberto Magno -cristiano- o Avicena -musulmán- por citar sólo algunos ejemplos, no dedicaron sus vidas sólo al estudio y profundización de las verdades de fe, sino que se esforzaron por descubrir y alumbrar un camino racional que fuera compatible con las mismas.

Si un hombre religioso convencido de su fe se ve impelido a hacer filosofía, significa que el estudio de la filosofía agrega conocimientos complementarios a los religiosos; de lo contrario, todo hombre que sea religioso y filósofo a la vez sería una suerte de contradicción.

Pero, ¿qué es lo que impele al hombre a hacer filosofía -aun al religioso-? Aquí Ferry se muestra muy acertado cuando afirma que la filosofía busca la “vida buena”, y esto es entender a la filosofía como arte de vivir. Los filósofos de la antigüedad clásica han entendido de este modo a la tarea filosófica, a saber, como vivir bien.

Ahora bien, si Ferry se opone a los ideales del pensamiento anteriores por ser exteriores al hombre -metafísicos-, no deja de ser notable que Platón y Aristóteles hayan sentado las bases de la metafísica y conciban al mismo tiempo a la filosofía como un arte de vivir.

Puede leerse en Aristóteles *“es preciso, pues, principalmente determinar, ante todo, en sí mismo, sin precipitación y sin negligencia, en qué cosa de las que nos pertenecen consiste el vivir bien y cuáles son las condiciones indispensables sin las cuales los hombres no lo poseen”*.¹⁵ Y en Platón *“el filósofo libera su alma al máximo de la vinculación con el cuerpo (...) quien no halla placer en tales cosas ni participa de ellas no tiene un vivir digno (...)”*.¹⁶

Todo el anterior planteo estriba en que no es necesario no tener fe para ser filósofo, como parece ser el punto de partida de Ferry, sino que la filosofía abre un modo único y particular de comprender y valorar la vida que -siendo compatible con la fe- plenifica a la naturaleza humana mediante el conocimiento racional de la realidad y, por ende, de la vida.

¹⁵ Aristóteles, *Ética Eudemia*, Gredos, Madrid, 1998, 1214b, 10-15.

¹⁶ Platón, *Fedón*, Gredos, Madrid, 1988, 65a, 1-10.

5. Conclusión

Al realizar un análisis terminológico exhaustivo del concepto de la metafísica en el pensamiento tomista y en el postmoderno, se ha intentado revelar cuál es el pilar fundamental de este último. Esto nos permitió echar luz sobre el estudio de la metafísica en la historia, ya que, de haber realmente desaparecido, desaparecerían con ella siglos de tradición filosófica y el pensamiento postmoderno sería un pensamiento filosófico, si es pertinente la analogía, creado “*ex nihilo*”, lo cual evidentemente no es así.

Pero este temor fue evacuado por el mismo Luc Ferry, quien lejos de abjurar de la tradición filosófica anterior, parte de un análisis histórico de la misma, y lo que es más, lo admita o no, opera desde las categorías de la filosofía de la historia hegeliana, adoptando un esquema preexistente.

Allí presenta una tesis, que bien podrían ser los principios de la vida buena hasta la modernidad, una antítesis encarnada en la deconstrucción nietzscheana que reacciona contra lo anterior, y él mismo asume el papel de síntesis, donde desde la confrontación de principios afirmativos -la cosmología, la teología y el humanismo- con los negativos -la deconstrucción y la nada- surge el principio integrador del amor que “salva” el desarrollo de ambas posturas encontradas.

Hemos visto cómo el principio del amor se proclama, con razón, anti-metafísico, porque se afirma como “trascendencia vivida inmanentemente” lo cual no deja lugar al ente. Sin embargo, entraría en la dialéctica de oposición-subordinación en la que se “opone” al pensamiento metafísico y termina “subordinándose” a él porque al afirmarlo como punto de partida histórico entra necesariamente dentro de su esquema.

Por lo tanto nos es posible afirmar que la metafísica, lejos de haber desaparecido, permanece paradójicamente vigente en la postmodernidad, y lo seguirá estando mientras que el pensamiento filosófico actual necesite de un cadáver del cual alimentarse, lo que parece ser al modo del buey del banquete de Asgard, el cual al ser consumido cada noche se regenera de sus huesos al día siguiente, siempre presto a alimentar voraces e insaciables apetitos, aguardando al Ragnarok.